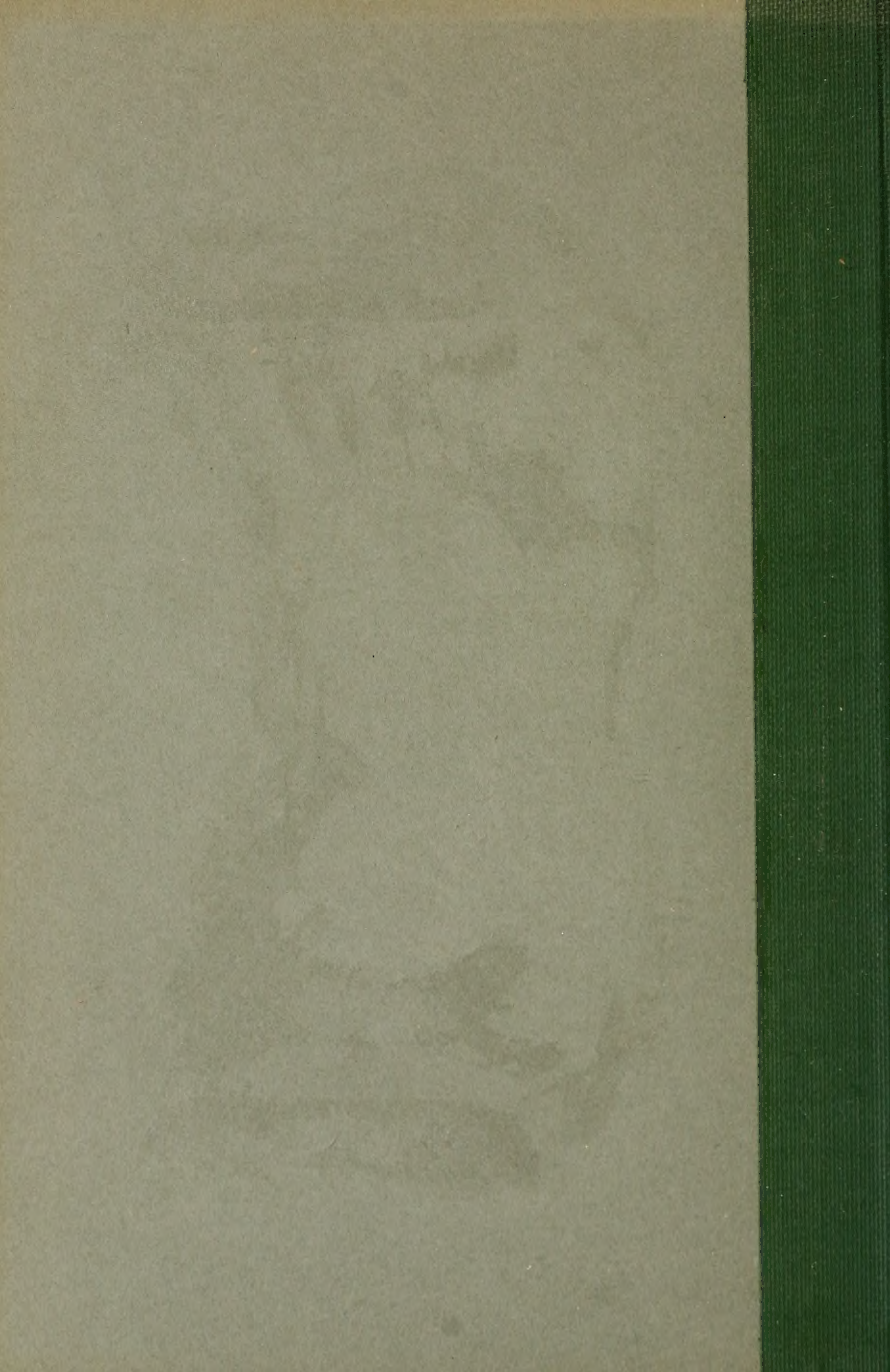
González Martínez, Enrique (ed.)
Manuel Gutiérrez Nájera.



ENRIQUE GONZALEZ MARTINEZ

PARNASO DE MEXICO

Antología General

MANUEL GUTIERREZ NAJERA



MEXICO

EDICIONES "PORRUA"

1920

Tomo II. Cuaderno 4

INDICE

CUADERNO Núm. 4.

Págs.

Manuel Gutiérrez Nájera.

Nada es mío 305
Para entonces 308
Del libro azul 309
La duquesa Job 312
¡Castigadas! 318
To be 321
Pax animæ 324
Después 330
A una niña 335
La misa de las flores 337
Mis enlutadas 345
De blanco 349
Madre naturaleza 353
Desconocida 355
De mis «Versos Viejos» 360
A la Corregidora 364
Jamás la forma 367
A un triste 369
A Dyonisos 371
Non omnis moriar 373
Carta abierta 375
¿Para qué? 379

Rafael Cabrera.

Sin palabras 385

Manuel M. González.

Barcarola 387

José de J. Núñez y Domínguez.

Sortilegio lunar 389

Manuel de la Parra.

A mi madre 392

Manuel Puga y Acal.

Balada de la muerte 394

Alfonso Reyes.

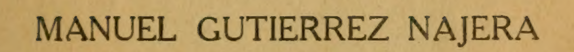
Canción bajo la luna 396

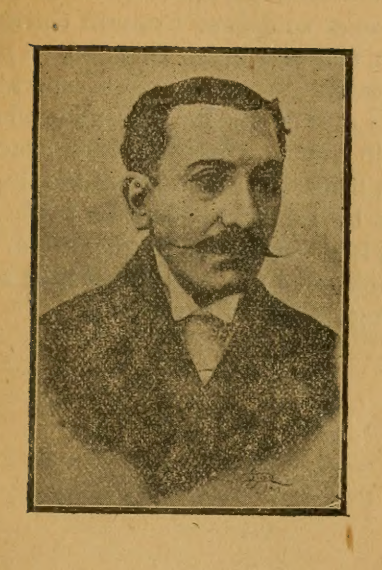
Luis G. Urbina.

Así fué 398

Antonio Zaragoza.

Sin esperanza 400


MANUEL GUTIERREZ NAJERA



Manuel Gutiérrez Nájera nació en la ciudad de México el día 22 de diciembre de 1859. Cuando en 1894 fundó la *Revista Azul* en unión de Carlos Díaz Dufóo, su nombre era ya muy conocido, y sus artículos de prosa y sus poemas le habían conquistado un lugar de primera fila en la literatura de Hispanoamérica. Su seudónimo de *El*

Duque Job se ha hecho famoso, pues amparó bellísimas crónicas que aparecieron en las revistas mexicanas de su época. Cuando Gutiérrez Nájera murió, el 3 de febrero de 1895, su mérito era ya indiscutible, aunque todos esperaban de él obra más grande y bella. Su influencia fué decisiva en lo que se refiere a la preparación de la moderna lírica, pues dejó el camino libre de obstáculos a las reformas que más tarde implantó Darío en la poesía de lengua española. Sus poemas se publicaron un año después de su muerte, con prólogo de don Justo Sierra.

NADA ES MIO

Me preguntas ¡oh, Rosa! ¿cómo escribo?
¿De qué manera, con menudas hojas,
cintas de seda y pétalos de flores,
voy construyendo estancia por estancia?
Yo mismo no lo sé! Como la tuya
es, Rosa de los cielos, mi ignorancia!

Yo no escribo mis versos, no los creo;
viven dentro de mí; vienen de fuera:
a ése, travieso, lo formó el deseo;
a aquél, lleno de luz, la Primavera!

A veces en mis cantos colabora
una rubia magnífica: la aurora!
Hago un verso y lo plagio sin sentirlo
de algún poeta inédito, del mirlo,
del parlanchín gorrión o de la abeja
que, silbando a las bellas mariposas,
se embriaga en la taberna de las rosas.

Los versos que más amo, los que expresan
mis ansias y mis íntimos cariños,
esos versos que lloran y que besan,
¿sabes tú lo que son? Risas de niños.

Otras veces me ayudan las estrellas
y sus rayos de luz trazan en mi alma
líneas celestes y figuras de oro.
Aquel soneto a Dios, es del Boyero:
de Sirio deslumbrante, esa cuarteta,
y ese canto a la rubia que yo quiero
fué escrito por la cauda del cometa.

Yo escucho nada más, y dejo abiertas
de mi curioso espíritu las puertas.
Los versos entran sin pedir permiso;
mi espíritu es su casa: Dios los manda
con cédula formal del Paraíso
para que aloje a la traviesa banda.
Algunos a mis castas ilusiones
escandalizan con su alegre charla:
esos son los soldados, los dragones,
los que trae, en su clámide sombría,
«húmeda noche tras caliente día.»
Otros de aquellos huéspedes pequeños
se detienen muy poco: los risueños,

cantan, mis penas con su voz consuelan,
sacuden las alitas y se vuelan!

Los tristes... ¡esos sí que son constantes!
Alguno como lúgubre corneja
posada en la cornisa de la torre,
mientras la noche silenciosa corre
hace ya mucho tiempo que se queja!

No soy poeta: ya lo ves! en vano
halagas con tal título mi oído,
que no es zenzontle o ruiseñor el nido
ni tenor o barítono el piano!

PARA ENTONCES

Quiero morir cuando decline el día,
en alta mar y con la cara al cielo;
donde parezca sueño la agonía,
y el alma, un ave que remonta el vuelo.

No escuchar en los últimos instantes,
ya con el cielo y con el mar a solas,
más voces ni plegarias sollozantes
que el majestuoso tumbo de las olas.

Morir cuando la luz, triste retira
sus redes áureas de la onda verde,
y ser como ese sol que lento expira:
algo muy luminoso que se pierde.

Morir, y joven: antes que destruya
el tiempo aleve la gentil corona;
cuando la vida dice aún: soy tuya,
aunque sepamos bien que nos traiciona!

DEL LIBRO AZUL

Si mi secreto queréis que os diga,
cerrad, si os place, vuestro balcón:
temo que un silfo, mi buena amiga,
en sus alitas llevar consiga
átomos de oro de mi pasión.

***

¿Queréis que os hable de mis amores?
Pues aguardemos a que las flores
quietas se duerman en el jardín:
odio las brisas por lo curiosas,
y me recato de aquellas rosas
que aquí perfuman el camarín.

Ya veis, señora, si soy discreto,
si avaricioso guardo el secreto,
de luz, de aroma, de brisa y flor;

mi alma es sagrario y urna cerrada,
donde lo llevo, perla guardada
en concha nácar, nido de amor.

Nadie lo sabe, nadie ha podido,
luz o silencio, sombra o ruído,
este secreto nunca saber.
Entre sus hojas, cual la violeta,
va con mi alma, dormida y quieta,
la casta imagen de esa mujer.

Soy como avaro, que su tesoro
sus ricas perlas, sus torres de oro,
guarda en el fondo de viejo arcón;
y cuando mi alma siente tristeza,
para ahuyentarla con su riqueza
va de puntillas al corazón.

Contempla el oro de su cabello,
sus ojos claros, su terso cuello,
sus brazos blancos de rosa-te;
y porque no entre la luz curiosa,
mis ojos luego cierra medrosa,
pensando acaso que el sol nos ve!

*
* *

Si mi secreto queréis que os diga,
cerrad entonces vuestro balcón:
temo que un silfo, mi buena amiga,
en sus alitas llevar consiga
átomos de oro de mi pasión!

LA DUQUESA JOB

A Manuel Puga y Acal

En dulce charla de sobremesa,
mientras devoro fresa tras fresa
y abajo ronca tu perro Bob,
te haré el retrato de la duquesa
que adora a veces el duque Job.

No es la condesa que Villasana
caricatura, ni la poblana
de enagua roja, que Prieto amó;
no es la criadita de píes nudosos,
ni la que sueña con los gomosos
y con los gallos de Micoló.

Mi duquesita, la que me adora,
no tiene humos de gran señora:
es la griseta de Paul de Kock.
No baila *Boston*, y desconoce

de las carreras el alto goce,
y los placeres del *five o'clock*.

Pero ni el sueño de algún poeta,
ni los querubes que vió Jacob,
fueron tan bellos cual la coqueta
de ojitos verdes, rubia griseta
que adora a veces el duque Job.

Si pisa alfombras, no es en su casa,
si por Plateros alegre pasa
y la saluda Madam Marnat,
no es, sin disputa, porque la vista,
sí porque a casa de otra modista
desde temprano rápida va.

No tiene alhajas mi duquesita,
pero es tan guapa y es tan bonita,
y tiene un cuerpo tan *v'lan*, tan *pschutt*,
de tal manera trasciende a Francia
que no la igualan en la elegancia
ni las clientes de Hélene Kossut.

Desde las puertas de La Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,

no hay española, yankee o francesa
ni más bonita, ni más traviesa,
que la duquesa del duque Job.

¡Cómo resuena su taconeo
en las baldosas! ¡Con qué meneo
luce su talle de tentación!
¡Con qué airecito de aristocracia
mira a los hombres. Y con qué gracia
frunce los labios—¡Mimí Pinson!

Si alguien la alcanza, si la requiebra,
ella, ligera como una cebra,
sigue camino del almacén;
pero ¡ay del tuno si alarga el abrazo!
Nadie le salva del sombrillazo
que le descarga sobre la sien!

¡No hay en el mundo mujer más linda!
Pie de andaluza, boca de guinda,
Esprit rociado de Veuve Clicquot;
talle de avispa, cutis de ala,
ojos traviesos de colegiala
como los ojos de Louise Theo!

Agil, nerviosa, blanca, delgada,
media de seda bien restirada,
gola de encaje, corsé de ¡crac!
Nariz pequeña, garbosa, cuca,
y palpitantes sobre la nuca
rizos tan rubios como el cognac.

Sus ojos verdes bailan el tango;
nada hay más bello que el arremango
provocativo de su nariz!
Por ser tan joven y tan bonita,
cual mi sedosa, blanca gatita,
diera sus pajes la emperatriz.

¡Ah! tú no has visto cuando se peina
sobre sus hombros de rosa reina
caer los rizos en profusión'
Tú no has oído qué alegre canta,
mientras sus brazos y su garganta
de fresca espuma cubre el jabón!

¡Y los domingos!...... ¡Con qué alegría
oye en su lecho bullir el día
y hasta las nueve quieta se está!
¡Cuál se acurruca la perezosa

bajo la colcha color de rosa
mientras a misa la criada va!

La breve cofia de blanco encaje
cubre sus rizos, el limpio traje
aguarda encima del canapé;
altas, lustrosas y pequeñitas,
sus puntas muestran las dos botitas,
abandonadas del catre al pie.

Después ligera, del lecho brinca,
¡oh! quién la viera cuando se hinca
blanca y esbelta sobre el colchón!
¿Qué valen junto de tanta gracia
las niñas ricas, la aristocracia,
ni mis amigas de cotillón?

Toco; se viste; me abre; almorzamos;
con apetito los dos tomamos
un par de huevos y un buen beefsteak,
media botella de rico vino,
y en coche juntos, vamos camino
del pintoresco Chapultepec.

....

....

Desde la puerta de La Sorpresa
hasta la esquina del Jockey Club,
no hay española, yankee o francesa,
ni más bonita ni más traviesa
que la duquesa del duque Job.

¡CASTIGADAS!

Como turba de alegres chiquillas
que en tropel abandonan la escuela,
y cantando, cual pájaros libres,
a su casa de tarde regresan,
tras el largo trabajo del día,
siempre vivas, garbosas y frescas,
regresabais a mi alma, ilusiones,
coronadas de mirto y verbena.
¡Qué de flores hermosas traíais!
¡Cuán henchida de frutas la cesta!
En los labios, ¡qué risas tan dulces!
En el alma, ¡qué nobles promesas!
Aun os miro, mis pobres hijitas,
impacientes tocar a la puerta,
y con ansia de hacerme cariños
muy aprisa subir la escalera.
—¿Qué me traes, botoncito de rosa?
—Este ramo de azules violetas......
—¿Que me da la señora de casa?

—Su boquita de grana que besa.
—Ya venís a cazar mariposas;
os aguarda caliente la cena,
y mañana, cantando felices,
volveréis muy temprano a la escuela.

* * *

Hoy despacio venís y enlutadas,
poco a poco subís la escalera,
con los párpados tiernos muy rojos,
huerfanitas, calladas y enfermas.
Ilusiones! qué mala es la vida.
La esperanza del bien ¡qué embustera!
y ¡cuán tristes, con cuánto cansancio
volveréis de mañana a la escuela!

* * *

Ni una flor en el búcaro roto......
Los que vienen aquí se las llevan!
Como todo en la casa está triste,
las palomas huyeron ligeras!......
Ya no agitan sus alas de nieve,
despertando a la luz mis ideas;

no son aves de rico plumaje,
no retozan, ni cantan, ni vuelan!
¿No lo véis? Por un claustro sombrío
en la noche silente, atraviesan,
con la toca y el hábito negros
y en las manos la pálida vela.

Van al coro sin verse ni hablarse,
sola, obscura, se mira la iglesia......
¡Cuán heladas las losas de mármol
y cuán dura la fúnebre reja!
¡Oh mis monjas! del mundo olvidadas,
paso a paso volvéis a la celda,
y en el lecho, cruzados los brazos,
silenciosas quedáis como muertas.

* * *

¿Por qué en monjas de lúgubres tocas
se trocaron las niñas traviesas?
Ilusiones, ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!...... yo sé que sois buenas.
Sólo amor y ternura pedíais,
sólo os dieron engaño y tristeza;
ilusiones... ¿por qué os castigaron?
¡Pobrecitas!... yo sé que sois buenas!

TO BE

¡Inmenso abismo es el dolor humano!
¿Quién vió jamás su tenebroso fondo?
Aplicad el oído a la abra obscura
de los pasados tiempos......
Dentro cae
lágrima eterna!
A las inermes bocas
que en otra edad movió la vida nuestra
acercaos curiosos......
¡Un gemido
sale temblando de los blancos huesos!
La vida es el dolor. Y es vida obscura,
pero vida también la del sepulcro.
La materia disyecta se disuelve;
el espíritu eterno, la substancia,
no cesa de sufrir. En vano fuera
esgrimir el acero del suicida;
el suicidio es inútil! Cambia el modo,
el ser indestructible continúa!

¡En ti somos, Dolor, en ti vivimos!
La suprema ambición de cuanto existe
es perderse en la nada, aniquilarse,
dormir sin sueños!......
¡Y la vida sigue
tras las heladas lindes de la tumba!
No hay muerte En vano la llamáis a voces,
almas sin esperanza! Proveedora
de seres que padezcan, la implacable
a otro mundo nos lleva ¡No hay descanso
Queremos reposar un solo instante
y una voz en la sombra dice: ¡Anda!
Sí: ¡la vida es el mal! Pero la vida
no concluye jamás. El dios que crea,
es un esclavo de otro dios terrible
que se llama el Dolor. Y no se harta
el inmortal Saturno! ¡Y el espacio,
el vivero de soles, lo infinito,
son la cárcel inmensa, sin salida,
de almas que sufren y morir no pueden!
¡Oh, Saturno inflexible, al fin acaba,
devora lo creado y rumia luego,
ya que inmortales somos, nuestras vidas!
Somos tuyos, Dolor, tuyos por siempre!
Mas perdona a los seres que no existen
sino en tu mente que estimula el hambre...

¡Perdón, oh Dios, perdón para la nada!
Sáciate ya. ¡Que la matriz eterna,
engendradora del linaje humano,
se torne estéril... que la vida pase...
¡Y ruede el mundo cual planeta muerto
por los mares sin olas del vacío!

PAX ANIMÆ

Después de leer a dos poetas.

¡Ni una palabra de dolor blasfemo!
Sé altivo, sé gallardo en la caída,
¡y ve, poeta, con desdén supremo
todas las injusticias de la vida!

No busques la constancia en los amores,
no pidas nada eterno a los mortales,
y haz, artista, con todos tus dolores
excelsos monumentos sepulcrales.

En mármol blanco tus estatuas labra,
castas en la actitud, aunque desnudas,
y que duerma en sus labios la palabra...
Y se muestren muy tristes... ¡pero mudas!

¡El nombre!... ¡Débil vibración sonora
que dura apenas un instante! ¡El nombre!...

¡Ídolo torpe que el iluso adora!
¡Última y triste vanidad del hombre!

¿A qué pedir justicia ni clemencia
—si las niegan los propios compañeros—
a la glacial y muda indiferencia
de los desconocidos venideros?

¿A qué pedir la compasión tardía
de los extraños que la sombra esconde?
¡Duermen los ecos en la selva umbría
y nadie, nadie a nuestra voz responde!

En esta vida el único consuelo
es acordarse de las horas bellas,
y alzar los ojos para ver el cielo...
Cuando el cielo está azul o tiene estrellas.

Huír del mar y en el dormido lago
disfrutar de las ondas el reposo...
Dormir... soñar... el Sueño, nuestro mago,
¡es un sublime y santo mentiroso!

...¡Ay! Es verdad que en el honrado pecho
pide venganza la reciente herida...

Pero... ¡perdona el mal que te hayan hecho!
¡Todos están enfermos de la vida!

Los mismos que de flores se coronan
para el dolor, para la muerte nacen...
Si los que tú más amas te traicionan
¡perdónalos, no saben lo que hacen!

Acaso esos instintos heredaron,
y son los inconscientes vengadores
de razas ó de estirpes que pasaron
acumulando todos los rencores.

¿Eres acaso el juez? ¿El impecable?
¿Tú la justicia y la piedad reúnes?
...¿Quién no es fugitivo responsable
de alguno o muchos crímenes impunes?

¿Quién no ha mentido amor y ha profanado
de un alma virgen el sagrario augusto?
¿Quién está cierto de no haber matado?
¿Quién puede ser el justiciero, el justo?

¡Lástimas y perdón para los vivos!
Y así, de amor y mansedumbre llenos,

seremos cariñosos, compasivos...
¡Y alguna vez, acaso, acaso buenos!

¿Padeces? Busca a la gentil amante,
a la impasible e inmortal belleza,
y vé apoyado, como Lear errante,
en tu joven Cordelia: la tristeza.

Mira: se aleja perezoso el día...
¡Qué bueno es descansar! El bosque obscuro
nos arrulla con lánguida armonía...
El agua es virgen. El ambiente es puro.

La luz, cansada, sus pupilas cierra;
se escuchan melancólicos rumores,
y la noche, al bajar, dice a la tierra:
—¡Vamos... ya está... ya duérmete... no llores!
....

Recordar... Perdonar... Haber amado...
Ser dichoso un instante, haber creído...
Y luego... reclinarse fatigado
en el hombro de nieve del olvido.

Sentir eternamente la ternura
que en nuestros pechos jóvenes palpita,
y recibir, si llega, la ventura,
como a hermosa que viene de visita.

Siempre escondido lo que más amamos:
¡siempre en los labios el perdón risueño;
hasta que al fin, ¡oh tierra! a ti vayamos
con la invencible lasitud del sueño!

Esa ha de ser la vida del que piensa
en lo fugaz de todo lo que mira,
y se detiene, sabio, ante la inmensa
extensión de tus mares, ¡oh Mentira!

Corta las flores, mientras haya flores,
perdona las espinas a las rosas...
¡También se van y vuelan los dolores
como turbas de negras mariposas!

Ama y perdona. Con valor resiste
lo injusto, lo villano, lo cobarde......
¡Hermosamente pensativa y triste
está al caer la silenciosa tarde!

....

Cuando el dolor mi espíritu sombrea
busco en las cimas claridad y calma,
¡y una infinita compasión albea
en las heladas cumbres de mi alma!

DESPUÉS......

¡Sombra, la sombra sin orillas, esa
que no ve, que no acaba......
La sombra en que se ahogan los luceros.......
Esa es la que busco para mi alma!
Esa sombra es mi madre, buena madre,
pobre madre enlutada!
Esa me deja que en su seno llore
y nunca de su seno me rechaza......
¡Dejadme ir con ella, amigos míos,
es mi madre, es mi patria!

* * *

¿Qué mar me arroja? ¿De qué abismo vengo?
¿Qué tremenda borrasca
con mi vida jugó? ¿Qué ola clemente
me ha dejado en la playa?
¿En qué desierto suena mi alarido?

¿En qué noche infinita va mi alma?
¿Por qué, prófugo, huyó mi pensamiento?
¿Quién se fué? ¿Quién me llama?
¡Todo sombra! ¡Mejor! ¡Que ñadie mire
¡Estoy desnudo! ¡Ya no tengo nada!

* * *

Poco a poco rasgando la tiniebla,
como puntas de dagas,
asoman en mi mente los recuerdos
y oigo voces confusas que me hablan.
No sé a qué mar cayeron mis ideas......
Con las olas luchaban......
¡Yo vi cómo convulsas se acogían
a las flotantes tablas!
La noche era muy negra...... el mar muy hondo
¡y se ahogaban...... se ahogaban!
¿Cuántas murieron? ¿Cuántas regresaron,
náufragos desvalidos, a la playa?
......¡Sombra, la sombra sin orillas, esa,
esa es la que busco para mi alma!

* * *

Muy alto era el peñón cortado a pico,
sí, muy alto, muy alto!
Agua iracunda hervía
en el obscuro fondo del barranco.
¿Quién me arrojó? Yo estaba en esa cumbre.........
¡Y ahora estoy abajo!
Caí, como la roca descuajada
por titánico brazo.
Fuí águila tal vez y tuve alas......
¡Ya me las arrancaron!
Busco mi sangre, pero sólo miro
agua negra brotando:
y vivo, sí, mas con la vida inmóvil
del abrupto peñasco......
¡Cae sobre mí, sacúdeme, torrente!
¡Fúndeme con tu fuego, ardiente rayo!
¡Quiero ser onda y desgarrar mi espuma
en las piedras del tajo......
Correr...... correr...... al fin de la carrera
perderme en la extensión del Oceano!

*
* *

El templo colosal, de nave inmensa,
está mudo y sombrío;
sin flores el altar, negro, muy negro;
¡apagados los cirios!
Señor, ¿en dónde estás? ¡Te busco en vano!
¿En dónde estás, oh Cristo?
¡Te llamo con pavor porque estoy solo,
como llama a su padre el pobre niño!......
¡Y nadie en el altar! ¡Nadie en la nave!
¡Todo en tiniebla sepulcral hundido!
¡Habla! ¡Que suene el órgano! ¡Que vea
en el desnudo altar arder los cirios!...
¡Ya me ahogo en las sombras... ya me ahogo!
¡Resucita, Dios mío!

*
* *

¡Una luz! ¡Un relámpago!... ¡Fué acaso
que despertó una lámpara!
¡Ya miro, sí! ¡Ya miro que estoy solo!...
¡Ya puedo ver mi alma!
Ya vi que de la cruz te desclavaste
y que en la cruz no hay nada...

Como esas son las cruces de los muertos...
Los pomos de las dagas...
¡Y es puñal, sí, porque su hoja aguda
en mi pecho se encaja!
Ya ardieron de repente mis recuerdos,
ya brillaron las velas apagadas...
Vuelven al coro tétrico los monjes
y vestidos de luto se adelantan...
Traen un cadáver... rezan .. ¡oh Dios mío,
todos los cirios con tu soplo apaga!...
¡Sombra, la sombra sin orillas, es a
esa es la que busco para mi alma!

A UNA NIÑA

Entras al mundo por ebúrnea puerta;
la calma tienes, el dolor ignoras,
y hay en tu ser, que apenas se despierta,
la azul obscuridad de las auroras.

El ansia del placer, los sueños tristes
huyen tu tierno corazón dormido,
y aún, cuando en la alcoba te desvistes,
no te hablan los amores al oído.

Alas ostentas, y volar no sabes;
rompes juguetes, voluntades juntas,
y apenas, niña, como tiernas aves,
comienzan a agitarse tus preguntas.

Tus padres te despiertan y de prisa,
sin ocultar del seno la turgencia,
andas por las alfombras en camisa
con el casto impudor de la inocencia.

Tú sólo lloras, si tu madre llora;
sufres... cuando el canario se te vuela;
te enfadas... con la madre superiora,
y riñes... con las niñas de la escuela.

Como perfume de naciente rosa,
pasas inmaculada por la vida;
eres ángel, mañana serás diosa;
tus padres te aman, y el dolor te olvida.

LA MISA DE LAS FLORES

A Ricardo Domínguez.

......Qué fais-tu là? me dit Virgile
......Maître, je mets Pégase au vert.

Victor Hugo.

Boileau se queda en el aula
y Voltaire en la ciudad.
¡Musa, al campo! ¡Abre la jaula!
¡Señores versos, entrad!

Alce la ola en el bosque
su deslumbrante oriflama;
que la sátira se enrosque
y que brinque el epigrama.

Beba el madrigal coqueto
en los lirios vino blanco,
y pensativo el soneto
descanse en rústico banco.

Tenue, frígido remusgo
entre los alcores sopla;
¡cuántas perlas en el musgo
hay para tu cuello, copla!

Despierta, perezosilla:
despierta, que viene el alba......
Para hacerte una sombrilla
cortó Robin esta malva

Deja tu alcoba: el jazmín
no en blando reposo olvides,
que te aguarda tu escarpín,
tu pequeño no me olvides.

La persiana de cristal,
que anoche tejió la escarcha
en tu cámara nupcial
rompe de un soplo, ¡y en marcha!

Ya no triste soliloquia
el nocturno ruiseñor,
y el gorrión madrugador
llama a misa en la parroquia.

Vamos al templo. Hoy es fiesta,
Tulipán dirá el sermón;
en la misa, gran orquesta;
y en la tarde, procesión.

Palomas y codornices,
con hojitas de azahares,
remiendan sobrepellices
y componen los altares.

Un pobre topo, el más mandria
y apocado, barre el coro.
¡Hoy va a cantar la calandria,
la calandria de voz de oro!

Será el zentzontle, tenor;
jilguero, primer violín;
y maestro director
el arrogante clarín.

La pila de agua bendita
que está en el rincón umbrío,
es silvestre margarita
llena de fresco rocío.

El candelabro mayor
es una hermosa araucaria,
y aquel altar, siempre en flor,
es de santa pasionaria.

Mil cazoletas de almendro
perfuman el tabernáculo;
ya viene con mitra y báculo
Monseñor el rododendro.

Van, los breves aretillos,
repicando cascabeles,
y detrás, rojos claveles
vestidos de monaguillos.

Doble sarta de corales
parecen: mira al monago
que marcha entre dos ciriales
y alza la cruz de Santiago.

Otro, guapo y petimetre
va con acetre e hisopo,
y el hisopo de su acetre
es un pompón de heliotropo

Del coro bajo en las rejas,
absortas en sus plegarias,
se agrupan las trinitarias
que tienen caras de viejas.

¿No miras los blancos cirios
de plateadas escamas?
Son de encarrujados lirios,
y de myrtho son las llamas.

A la camelia patricia
y a la azálea pizpireta
ve azucena la novicia
con sus ojos de violeta.

En un sitial la dahalia
como priora se esponja,
mientras la tórtola monja
entra de sayo y sandalia.

Abajo, frescas irídeas
cubren la arena del piso;
y forman árido friso
en los muros las orquídeas.

¿No oíste parar un coche?
Es del alcalde. Qué gruesa
va la señora alcaldesa
con su dondiego de noche!

En cambio, !qué jubilosas,
qué frescas y qué elegantes
están las jóvenes rosas!
...¡Qué indevotos sus amantes!

Aquél que de negro viste,
el de las grandes ojeras,
es un pensamiento triste...
¡Sufre mucho! Si supieras!...

Mas ¡silencio! ¡De rodillas!
Ya el monago de roquete
girar hace el rehilete
de azulinas campanillas.

Parece el altar brillante
ascua de plata inflamada:
¡Ya levanta el oficiante
la gardenia inmaculada!

Luego, una ráfaga fría
súbita baja del coro
y ápaga la luz que ardía
en el gran trébol de oro.

Los rojos myrthos, prendidos
en los cirios, azulean,
se retuercen, parpadean
y quédanse al fin dormidos.

Sus pábilos en hilera
simulan negro rosario:
por la torcida escalera
baja el cuervo al santuario.

Frente al sagrario se hinca,
el agudo pico tiende
y, lámpara azul, se enciende,
tremulante, la pervinca.

Salgamos: la muda selva
derrama dulce beleño,
y esparce la madreselva
su apacible olor de sueño.

Cierran las flores su broche;
calla la breve campana:
flores nuevas, buenas noches;
musa azul, hasta mañana.

MIS ENLUTADAS

Descienden taciturnas las tristezas
al fondo de mi alma,
y entumecidas, haraposas brujas,
con uñas negras
mi vida escarban.

De sangre es el color de sus pupilas,
de nieve son sus lágrimas:
hondo pavor infunden... yo las amo
por ser las solas
que me acompañan.

Aguárdolas ansioso, si el trabajo
de ellas me separa
y búscolas en medio del bullicio,
y son constantes
y nunca tardan.

En las fiestas, a ratos se me pierden
o se ponen la máscara,
pero luego las hallo, y así dicen:
—¡Ven con nosotras!
—¡Vamos a casa!

Suelen dejarme cuando sonriendo
mis pobres esperanzas
como enfermitas, ya convalecientes,
salen alegres
a la ventana.

Corridas huyen, pero vuelven luego
y por la puerta falsa
entran trayendo como nuevo huésped
alguna triste,
lívida hermana.

Ábrese a recibirlas la infinita
tiniebla de mi alma,
y van prendiendo en ellas mis recuerdos
cual tristes cirios
de cera pálida.

Entre esas luces, rígido, tendido,
mi espíritu descansa;

y las tristezas, revolando en torno,
lentas salmodias
rezan y cantan.

Escudriñan del húmedo aposento
rincones y covachas,
el escondrijo do guardé cuitado
todas mis culpas,
todas mis faltas.

Y hurgando mudas, como hambrientas lobas,
las encüentran, las sacan,
y volviendo a mi lecho mortuorio
me las enseñan
y dicen: habla.

En lo profundo de mi sér bucean,
pescadoras de lágrimas,
y vuelven mudas con las negras conchas
en donde brillan
gotas heladas.

A veces me revuelvo contra ellas
y las muerdo con rabia,
como la niña desvalida y mártir
muerde a la harpía
que la maltrata.

Pero en seguida, viéndose impotente,
mi cólera se aplaca,
¡qué culpa tienen, pobres hijas mías,
si yo las hice
con sangre y alma?

Venid, tristezas de pupila turbia,
venid, mis enlutadas,
las que viajáis por la infinita sombra,
donde está todo
lo que se ama.

Vosotras no engañáis: venid, tristezas,
¡oh mis criaturas blancas
abandonadas por la madre impía,
tan embustera:
por la esperanza!

Venid y habladme de las cosas idas,
de las tumbas que callan,
de muertos buenos y de ingratos vivos...
Voy con vosotras,
vamos a casa.

DE BLANCO

¿Qué cosa más blanca que cándido lirio?
¿Qué cosa más pura que místico cirio?
¿Qué cosa más casta que tierno azahar?
¿Qué cosa más virgen que leve neblina?
¿Qué cosa más santa que el ara divina
de gótico altar?

De blancas palomas el aire se puebla;
con túnica blanca, tejida de niebla,
se envuelve a lo lejos feudal torreón;
erguida en el huerto la trémula acacia
al soplo de viento sacude con gracia
su níveo pompón!

¿No ves en el monte la nieve que albea?
La torre muy alta domina la aldea,
las tiernas ovejas triscando se van;
de cisnes intactos el lago se llena,

columpia su copa la enhiesta azucena
y su ánfora inmensa levanta el volcán.

Entremos al templo: la hostia fulgura;
de nieve parecen las canas del cura
vestido con alba de lino sutil;
cien niñas hermosas ocupan las bancas,
y todas vestidas con túnicas blancas
en ramos ofrecen las flores de Abril.

Subamos al coro: la virgen propicia
escucha los rezos de casta novicia
y el Cristo de mármol expira en la cruz;
sin mancha se yerguen las velas de cera;
de encaje es la tenue cortina ligera
que ya trasparenta del alba la luz.

Bajemos al campo: tumulto de plumas
parece el arroyo de blancas espumas
que quieren, cantando, correr y saltar;
su airosa mantilla de fresca neblina
terció la montaña; la vela latina
de barca ligera, se pierde en el mar.

Ya salta del lecho la joven hermosa
y el agua refresca sus hombros de diosa,
sus brazos ebúrneos, su cuello gentil;
cantando y risueña se ciñe la enagua
y trémulas brillan las gotas de agua
en su árabe peine de blanco marfil.

¡Oh mármol! ¡Oh nieves! ¡Oh inmensa blancura
que esparces doquiera tu casta hermosura!
¡Oh tímida virgen! ¡Oh casta vestal!
Tú estás en la estatua de eterna belleza;
de tu hábito blanco nació la pureza,
¡al ángel das alas, sudario al mortal!

Tú cubres al niño que llega a la vida,
coronas las sienes de fiel prometida,
al paje revistes de rico tisú.
¡Qué blancas son, reinas, los mantos de armiño!
¡Qué blanca es, ¡oh madres! la cuna del niño!
¡Qué blanca, mi amada, qué blanca eres tú!

En sueños ufanos de amores contemplo
alzarse muy blancas las torres de un templo

y oculto entre lirios abrirse un hogar;
y el velo de novia prenderse a tu frente,
cual nube de gasa que cae lentamente
y viene en tus hombros su encaje a posar.

MADRE NATURALEZA

Madre, madre, cansado y soñoliento
quiero pronto volver a tu regazo,
besar tu seno, respirar tu aliento
y sentir la indolencia de tu abrazo.

Tú no cambias, ni mudas, ni envejeces;
en ti se encuentra la virtud perdida,
y tentadora y joven apareces
en las grandes tristezas de la vida.

Con ansia inmensa que mi sér consume
quiero apoyar las sienes en tu pecho,
tal como el niño que la nieve entume
busca el calor de su mullido lecho.

¡Aire! más luz! una planicie verde
y un horizonte azul que la limite,
sombra para llorar cuando recuerde,
cielo para creer cuando medite!

Abre por fin, hospedadora muda,
tus vastas y tranquilas soledades,
y deja que mi espíritu sacuda
el tedio abrumador de las ciudades.

No más continuo batallar: ya brota
sangre humeante de mi abierta herida,
y quedo inerme, con la espada rota,
en la terrible lucha por la vida.

Acude, madre, y antes que perezca
y bajo el peso del dolor sucumba,
abre tus senos, y que el musgo crezca
sobre la humilde tierra de mi tumba!

DESCONOCIDA

Para amar una vez —¡una siquiera!
yo busco, pecador arrepentido,
a la inocente virgen que me espera,
como cansada tórtola en su nido.

No sabe cuándo llamaré a su puerta;
antes de conocerme, ya me amaba;
iré muy quedo, le diré: ¡despierta!
y ella contestará: ¡Ya te esperaba!

Ver me parece la tranquila casa,
llena de luz, de pájaros y flores,
la baña el sol, y murmurando pasa
el viento por los anchos corredores.

No hay en las salas bronces señoriales
ni decoran sus muros los espejos:
los antiguos y cómodos sitiales
están raídos por el uso y viejos.

En cambio todo cuanto allí juntóse
la vida honesta y la virtud revela:
esa es la silla en que la madre cose;
ese, el sillón en que murió la abuela.

¡Ah! ¡Con qué gozo sentirá mi pecho
aquel ambiente de quietud y calma,
y mis ojos verán el casto lecho
donde duerme la amada de mi alma!

Todas mis fuerzas para ella guardo,
la busco en lo más santo y escondido,
y luego, al regresar con paso tardo,
murmuro cada noche: ¡no ha venido!

¡Será hoy! —pienso alegre, si risueño
hiere el rayo del alba mi ventana,
y por la noche, al entregarme al sueño,
me dice la ilusión: ¡será mañana!

Sé cómo es: en el hogar dichoso
la finge cada noche mi cariño,
estrechando las manos del esposo,
clavadas las pupilas en el niño.

Púdica flor de solitario valle,
vive inocente en dulce confianza,
y ningún brazo rodeó su talle
en las curvas lascivas de la danza.

No ha tocado jamás mano ninguna
de su corpiño los sedosos nudos,
ni retrató la veneciana luna
sus hombros escultóricos desnudos.

La ignora el mundo: pór la tierra pasa
con el lirio del ángel en la mano,
y los umbrales de su pobre casa
no pisan las sandalias del profano.

¡Oh dulce! ¡oh tierna! ¡oh casta·prometida!
Te siento cerca sin poder mirarte!
Pero si tú no existes en la vida
mi amor tiene la fuerza de crearte!

Si eres flor, ¿dónde estás? ¿Qué tierra inculta
abrirse vió tus hojas de alabastro?
¿En qué desierto neptuniano, oculta
brillas para otros mundos, si eres astro?

Tal vez en un rincón del universo
como yo quiero, quieres y deseas,
y acaso, blanca virgen, este verso,
sin conocerme, pensativa leas.

¿Con qué mística voz he de llamarte,
para que acudas pronta a mi reclamo?
¿En qué cielo remoto he de buscarte?
¿Cómo podré decirte que te amo?

Contemplando el camino e impacientes
te aguardan mis sencillas ilusiones,
como esperan los niños inocentes
la vuelta de la madre, en los balcones.

La casa, a recibirte preparada,
adornaron mis genios tutelares...
Ya verás la escalera salpicada
con hojitas de rosa y azahares.

¡Ah! cuando vengas y tu breve paso
resuene en los alegres corredores,
sobre tu falda de crujiente raso,
en fresca lluvia bajarán las flores.

¡Ven! Purifica la existencia mía,
envuélveme en la nube de tu velo;
que mire a Dios, como antes le veía,
a través de tus rizos, en el cielo!

Todos mis sueños sin cesar te llaman;
serás en mi existencia, bien amado,
como el óleo bendito que derraman
en el ara del templo profanado!

DE MIS «VERSOS VIEJOS»

RICHTER-SALVATOR ROSA

Nada receles; con ligero vuelo
alegres ninfas a esta roca llegan,
no sin vencer la voluntad de nuestro
Padre Océano.
Luego vencimos virginal vergüenza
y por el eter en alado carro,
los pies descalzos, acudimos todas
a consolarte.
ESQUILO.

I

¿Recuerdas de Richter, de Richter sombrío,
el verso tan triste, tan triste, tan frío,
en que habla del mártir clavado en la cruz?
Blancura sin sangre, blancura nevada,
de estatua yacente blancura callada,
entreabre en el verso sus ojos sin luz.

Nos pinta el poeta la cripta, las fosas;
los niños reviven; levantan las losas,

y a Dios suplicantes, le dicen: —¡Ya! ¡ven!—
Y Dios, sollozando, responde: —¡Mis muertos!
¡Me tienen clavados los brazos abiertos;
no puedo abrazaros... he muerto también!

—Jesús —le preguntan— ¿sin padre nacimos?
Si no nos conoce, si ya le perdimos,
si no quiere vernos, si todo olvidó,
apiádate entonces, tú danos un padre,
en ti fervorosa creyó nuestra madre...
Jesús les contesta: —¡Soy huérfano yo!

Un rayo de luna, silente, muy leve,
de luz ya sin vida, de luz toda nieve,
alumbra impasible la eterna orfandad:
el Cristo, ya exangüe dobló la cabeza...
Se acerca a las tumbas la pobre tristeza:
Y dice a los niños: —Dormid. ¡Olvidad!

....

....

Así, como esos tan pálidos niños,
en mí resucitan amores, cariños,
y trémulos tienden los brazos a ti...
Tú, virgen, entornas los párpados rojos;

crepúsculo tibio de amor, en tus ojos
despídete triste, muy triste de mí!

II

¿Recuerdas los versos del trágico griego?
Las fraguas de Hefestos, matrices del fuego,
retando a los dioses, profana un titán;
de Zeus, el fulmíneo, la mano se crispa.
El hombre le hurta la mágica chispa,
y eleva su incienso al hombre el volcán.

Ya tiene la grande, la enorme potencia,
secreto inviolado, recóndita esencia
de acción y de hechizo, de aliento y de luz...
La Fuerza invencida, sorprende al furtivo
ladrón de su alma, y clávale vivo
en cruz de titanes: el monte de Elbruz.

El Padre Oceano se yergue, levanta
su tumba de olas y al mártir le canta
la inmensa elegía, que no morirá:
del Cáucaso tremen los ecos más hondos;
piadosas, erectos los senos redondos,
oceánides blancas acércanse ya.

Susurro de alas palpita en el aire,
murmurio de espuma prendida al desgaire
en ola traviesa que brinca gentil;
ruído ligero de místico velo
que mármoles roza, con tímido vuelo
se eleva del negro y abrupto cantil.

El mar acaricia las trenzas de oro;
cual niebla, se alza del trémulo coro
un húmedo, lento, sollozo de amor,
del pálido mártir la faz se ilumina,
y lánguida mece la onda marina
los cuerpos desnudos que tiñe el rubor.

Así, como ese Titán Prometeo,
clavado en la roca te vió mi deseo!
Tus cantos de amores inmóvil oí:
¡Oh brisa, columpia, columpia la ola!
No está en el espacio mi alma tan sola...
¡Oceánides blancas, cantad junto a mí!

A LA CORREGIDORA

Al viejo primate, las nubes de incienso;
al héroe, los himnos; a Dios, el inmenso
de bosques y mares solemne rumor;
al púgil que vence, la copa murrina;
al mártir, las palmas; y a ti —la heroína—
las hojas de acanto y el trébol en flor.

Hay versos de oro y hay notas de plata;
mas, busco, señora, la estrofa escarlata
que sea toda sangre, la estrofa oriental:
y húmedas, vivas, calientes y rojas,
a mí se me tienden las trémulas hojas
que en gráciles redes columpia el rosal.

¡Brotad, nuevas flores! ¡Surgid a la vida!
¡Despliega tus alas, gardenia entumida!
¡Botones, abríos! ¡Oh mirtos, arded!
¡Lucid, amapolas, los ricos briales!

¡Exúberas rosas, los pérsicos chales
de sedas joyantes al aire tended!

¿Oís un murmullo que, débil, remeda
el frote violento de cauda de seda
en mármoles tersos o limpio marfil?
¿Oís?... ¡Es la savia fecunda que asciende,
que hincha los tallos y rompe y enciende
los rojos capullos del príncipe Abril!

¡Oh noble señora! La tierra te canta
el salmo de vida, y a ti se levanta
el germen despierto y el núbil botón;
el lirio gallardo de cáliz erecto;
y fúlgido, leve, vibrando, el insecto
que rasga impaciente su blanda prisión!

La casta azucena, cual tímida monja,
inciensa tus aras; la dalia se esponja
como ave impaciente que quiere volar;
y astuta, prendiendo su encaje à la piedra,
con corvos festones circunda la yedra
celosa y constante, señora, tu altar.

El chorro del agua con ímpetu rudo,
en alto su acero, brillante y desnudo,

bruñido su casco, rizado el airón,
y el iris por banda, buscándote salta
cual joven amante que brinca a la alta
velada cornisa de abierto balcón.

Venid a la fronda que os brinda hospedaje
¡oh pájaros raudos de rico plumaje;
los nidos aguardan; venid y cantad!
Cantad a la alondra que dijo al guerrero
el alba anunciando: ¡Desnuda el acero,
despierta a los tuyos... Es hora... Marchad!

JAMAS LA FORMA......

Oda Breve.

Jamás la forma que el poëta admira
tuvo más noble encarnación humana,
ni con blando compás y jonia lira
te pudo enaltecer musa pagana.

Todo palpita en tu presencia, diosa;
no divides tu imperio con ninguna,
y reinas en las almas por hermosa
muy más que por sus dádivas, Fortuna.

¿Quién huye de tus dardos? Quién no quiere
ser víctima en tus aras ofrecida?
¿Quién, a la muerte con tu amor, prefiere
los efímeros goces de la vida?

Sed insaciable de hermosura lleva
mi voluntad a ti; tu forma veo,

y con espasmos de placer se abreva
en tu mórbido encanto mi deseo.

El alma entonces de placer expira,
la boca tiembla, el seno se levanta,
tus ropas huyen... y la tierra gira
—¡Oh Venus inmortal! —bajo tu planta...

A UN TRISTE

¿Por qué de amor la barca voladora
con ágil mano detener no quieres,
y esquivo menosprecias los placeres
de Venus, la impasible vencedora?

A no volver los años juveniles,
huyen como saetas disparadas
por mano de invisible Sagitario;
triste vejez, como ladrón nocturno,
sorpréndenos sin arma ni defensa,
y con la extremidad de su arma inmensa,
la copa del placer vuelca Saturno.

¡Aprovecha el min uto y el instante!
Hoy te ofrece rendida la hermosura
de sus hechizos el gentil tesoro,
y llamándote ufana en la espesura
suelta Pomona sus cabellos de oro.

En la popa del barco empavesado
que navega veloz rumbo a Citeres,
de los amigos el clamor te nombra,
mientras, tendidas en la egipcia alfombra,
sus crótalos agitan las mujeres.

Deja, por fin, la solitaria playa,
y coronado de fragantes flores
descansa en la barquilla de las diosas!
¿Qué importa lo fugaz de los amores?
¡También espiran jóvenes las rosas!

A DYONISOS

Oda Breve.

Nada mejor que el vino: Ya se apure
en pobre taza de pulido barro,
o ya lo escancie joven Ganimedes
en áurea copa, a su poder supremo
huyen despavoridos los dolores;
Venus propicia nuestra voz escucha,
y al clamor juvenil cediendo grata,
vencida al fin en amorosa lucha
las cintas de su túnica desata.
No tracéis en el gran bajo-relieve
del templo secular, al buen Dyonisos
con decrépito aspecto y luenga barba;
sus ojos el insomnio no sombrea,
ni con mirada turbia ve impasible
la danza de las ninfas. Fuerte y joven
persigue a las traviesas hamadriadas,
retoza con las náyades esbeltas,

y Frígone gentil de trenzas sueltas
le concede sus gracias codiciadas.
El ebrio que rojizo y mofletudo
anda con paso soñoliento y tardo,
en nada se parece al dios gallardo
que juega con las ménades desnudo:
fresca la sangre por sus venas corre,
húmedas rosas su cabeza ciñen,
y de las gracias en el núbil coro
sin áureo cetro ni flotantes ropas,
de la cratera cincelada en oro
derrama el néctar en las hondas copas.
Sus pisadas alígeras despiertan
al amor fatigado que dormita,
sus dedos cierran, con suave peso,
los párpados dolientes de la pena,
y si al triclinio se aproxima, suena
en cada boca de mujer, un beso.
¡Oh, padre Anakreón, canta a Dyonisos!
Otros en honra del augusto Zeus,
de Poseidón cerúleo y Afrodita
el épodo triunfal canten sumisos;
tú que a los vates del placer presides,
celebra al Dios de las jugosas vides:
¡Oh padre Anakreón, canta a Dyonisos!

NON OMNIS MORIAR

¡No moriré del todo, amiga mía!
De mi ondulante espíritu disperso,
algo en la urna diáfana del verso,
piadosa guardará la poesía.

¡No moriré del todo! Cuando herido
caiga a los golpes del dolor humano,
ligera tú, del campo entenebrido
levantarás al moribundo hermano.

Tal vez entonces por la boca inerme
que muda aspira la infinita calma,
oigas la voz de todo lo que duerme
con los ojos abiertos en mi alma!

Hondos recuerdos de fugaces días,
ternezas tristes que suspiran solas;
pálidas, enfermizas alegrías
sollozando al compás de las violas......

Todo lo que medroso oculta el hombre
se escapará vibrante del poeta,
en áureo ritmo de oración secreta
que invoque en cada cláusula tu nombre.

Y acaso adviertas que de modo extraño
suenan mis versos en tu oído atento,
y en el cristal, que con mi soplo empaño,
mires aparecer mi pensamiento.

Al ver entonces lo que yo soñaba,
dirás de mi errabunda poesía:
era triste, vulgar lo que cantaba......
¡Mas qué canción tan bella la que oía!

Y porque alzo en tu recuerdo notas
del coro universal, vívido y almo;
y porque brillan lágrimas ignotas
en el amargo cáliz de mi salmo;

porque existe la Santa Poesía
y en ella irradias tú, mientras disperso
átomo de mi sér esconda el verso,
¡no moriré del todo, amiga mía!

CARTA ABIERTA

Tiene el amor su código, señora,
y en él mi crimen pago con la vida;
¡así es mi corazón! ama una hora,
es amado después, y luego... olvida.

En este tren expreso en que viajamos,
aman siempre al vapor los corazones,
que así como el trayecto que cruzamos
tiene el alma también sus estaciones.

¿Quién detiene en su giro a la veleta?
¿Quién a sus plantas encadena al viento?
¿Dónde se halla el Alcides que sujeta
al Ícaro inmortal del pensamiento?

¡Amor!... Cada alborada que amanece
de nuestros sueños en la bruma vaga,
se derrama en los aires, crece, crece,
y cuando vamos a mirar se apaga.

Soñamos con amar, y nos agita
la volcánica lava del deseo:
matamos nuestro amor, y resucita
con las múltiples formas de Proteo.

Hoy es una mujer que nos adora;
mañana una mujer que nos desdeña;
y mientras más por el amor se llora,
con más ahinco en el amor se sueña.

¡Así es el hombre! Tántalo que tiene
la sed del ideal, la poesía:
una mujer a su camino viene
y exclama el corazón: ¡esa es la mía!

Es suya esa mujer: los goces nacen,
la ve, la palpa, sus mejillas besa...
Las alas del querube se deshacen,
y exclama el corazón: ¡no, no era esa!

No dañan las escarchas del Invierno
al árbol que sin hojas ha quedado,
así el amor, para que viva eterno,
tiene que ser por fuerza desgraciado.

Tú, sí, dolor, los sueños eternizas;
tú, sólo tú, de la creación monarca:
tú que formar supiste con cenizas
la escultórica Laura de Petrarca!

¡Qué estéril es la dicha! Si su nido
al Tasso hubiera abierto tentadora,
cómo se hubiera al fin desvanecido
la pálida silueta de Leonora!

¡Amor es un laúd, es una lira,
que vibra en el espacio y enmudece:
Amor es una Ofelia que suspira...
No la queráis tocar... ¡se desvanece!

Ya veis, señora, que si el crimen mío,
fué el querellaros una vez de amores,
me ha sorprendido de la noche el frío,
sin una estufa en que abrigar mis flores.

Como es muy triste el sol en el Ocaso,
el apurar la dicha me da miedo:
sois hermosa y feliz, me amáis acaso......
Os quisiera querer...... pero no puedo.

Busco las dichas del hogar sencillas,
para eso guardo mi postrer cariño,
yo quiero que descanse en mis rodillas
la rubia cabecita de algún niño.

Dejad que busque luz para mi noche,
si la pasión con sus fulgores pierdo,
y no arrojéis la gota del reproche
en el sublime néctar del recuerdo.

¿PARA QUÉ?

Mi cuerpo soñoliento se rinde a la fatiga;
secreta voz interna me dice que no siga...
¡Dejadme sobre el césped exánime dormir!
Dejadme: idos vosotros en pos de la ventura;
de niño, me inspiraba pavor la sala obscura;
hoy, hombre, me da miedo mirar el porvenir.

El barco va despacio: navego mareado:
dejadme en una isla desierta, abandonado,
sois jóvenes y fuertes ¿qué falta os hago yo?
Tal vez mañana surja la prometida tierra,
seguid, seguid vosotros. ¡Mis párpados ya cierra
la mano de la sombra; mi antorcha se apagó!

¡Oh, nave de la vida, qué lenta que caminas!
¿Por qué no llegas nunca, por qué no me destinas
peñasco solitario do pueda reposar?
¿Cómo podrán dejarte las míseras que gimen

si tú no las escuchas ¡oh nave! y es un crimen
lanzarse desde el mástil, al seno de la mar?

Escucho de las olas espesas el ruído,
el rechinar constante del cable retorcido,
la tabla que se encorva bajo robusto pie;
las velas que se inflan, del ábrego juguete,
las voces del piloto, los cantos del grumete,
y en la sentina echado, murmuro: ¿para qué?

¿A dónde navegamos? ¿quién rige la faena?
¿A qué las inquietudes, las luchas y la pena;
si el capitán maltrata, y el término es ruín?
Cualquier que sea el sitio, cualquier que sea el puerto,
en los revueltos mares, igual que en el desierto,
por mucho que luchemos, la muerte será el fin.

La góndola arrogante que sale de Myssir
camina a los acordes sonoros de la lira,
sus velas son de raso, de plata su timón;
el barco que abandona las playas de Noruega
como cetáceo enorme, sobre la mar navega,
hendiendo entre las olas su vientre de carbón.

Y el arrogante esquife, y el galéon pesado,
el aceitoso buque y el barco empavesado,

los jóvenes remeros, y el viejo capitán,
los que el amor impulsa o la codicia mueve,
buscando van la dicha. Su viaje será breve
y al fin de la jornada la muerte encontrarán!

¿No veis bajo las olas profundas que se entreabren
mil dientes que relucen, mil bocas que se abren?
¿El tiburón hambriento y el rápido delfín?
Esperan Vais cantando. Sois jóvenes. ¿Qué importa?
La espera será larga, la espera será corta,
la mar es el camino! Su estómago es el fin!

¿A qué, si lo sabemos, luchar contra el destino?
Dejemos que nos marquen los vientos el camino,
que a su capricho empujen las olas el bajel,
si todo hemos de darlo a la implacable diosa,
desnudos cual nacimos bajemos a la fosa,
sin perlas en las manos ni olímpico laurel.

Quisiera de la nave salirme fugitivo;
no puedo y me resigno, vivir es ser cautivo...
Echado en la sentina mi vida pasaré!
No quiero entrar en lucha con hombres ni deidades;
ya soplen los alisios o rujan tempestades,
aquí, sin agitarme, la muerte esperaré.

RAFAEL CABRERA
MANUEL M. GONZÁLEZ
JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ
MANUEL DE LA PARRA
MANUEL PUGA Y ACAL
ALFONSO REYES
LUIS G. URBINA
ANTONIO ZARAGOZA

SIN PALABRAS

Será como un efluvio el amor mío
que envolverá tu ser calladamente,
como niebla impalpable sobre un río
y como el aire, azul y transparente.

Será un halo en tu pálida cabeza,
un iris en tu llanto cristalino,
y una flor de tu vida en la maleza,
y un manso atardecer en tu camino.

Como ansia a todas horas renovada,
como una herida sin cesar abierta,
como una aspiración nunca saciada,
y como una inquietud siempre despierta...

De mezquinos afanes olvidado,
sólo lleno de ti, de ti suspenso,
en cada breña dejará un pecado
y en cada risco un desencanto inmenso;

despeñará en un tajo su amargura
que hacia el abismo rodará perdida,
hundirá en la caverna más obscura
su desconsuelo enorme de la vida;

y si lágrima fué, será rocío;
será rayo de luna si es tiniebla;
algo, como una estrella en el vacío,
algo, como una luz entre la niebla...

Y hará que mires en el corto viaje
a través del dolor que tu alma llena
como a través del oro de un celaje,
que la vida es muy triste, pero es buena...

Y apacible, y profundo, y silencioso,
cuando inclines, muy pálida, la frente,
para dormir el sueño misterioso
él será, como un surco luminoso
que prolongue tu vida eternamente...

RAFAEL CABRERA.

BARCAROLA

Pescadores que en horas de calma
dejáis la ribera,
y sin miedo ni afán en el alma,
cantando, cantando, y en barca ligera,
pedís vuestro fácil sustento a la mar.

Os empuja una brisa riente;
la onda dormida
vuestra red sin enojos, consiente,
y libres de penas ganáis vuestra vida,
muy cerca la playa, muy cerca el hogar.

¡Ah, vosotros no sois marineros!
Es nauta el que alienta
en el alma combates tan fieros
como el mar en la ruda tormenta;
es nauta el que boga con vívido ardor.

A vosotros os da el Oceano
el pez moribundo
que preso, en las mallas, cogió vuestra mano,
al nauta le brinda su seno profundo,
corales y perlas, sepulcro y honor;

MANUEL M. GONZÁLEZ.

SORTILEGIO LUNAR

Estoy en el jardín. Paz oportuna,
soledad perfumada en que se siente
que el alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna...

Juegan los niños al redor del viejo
surtidor de alabastro,
de cuyas aguas en el roto espejo
pone la timidez de su reflejo,
el fulgurante corindón de un astro.

Llegan María, Rosa y Margarita,
y hay en la sencillez de su aldeano
vestir, un hondo encanto que me incita
a ser bueno. Todas tienden la mano
a los novios. Se encienden en sus ojos
las luciérnagas de una ansia escondida,
y con su inesperado advenimiento,

la belleza inefable de la vida
pasa como un aroma por el viento...

En este embrujamiento de la luna
hasta la melancólica plazuela
tiene un vibrante espíritu que anhela
alzarse hasta los cielos... La barriada
parece que se vela
con el cándido tul de una nevada......

Ah, los brazos que tiemblan... Ah, el desmayo
de las tres cabecitas que yo miro
tristemente, al soslayo...

Ah, romántico y púdico suspiro
que hace tremar sus senos... En la sombra
se esfuman como sombras fantasmales
otras parejas y cruje la alfombra
de las postreras hojas otoñales...

Estoy en el jardín pobre que ampara
el amor sin fortuna,
y en el misterio de la noche clara,
en la paz luminosa, en la oportuna
soledad, el dolor punza mi frente...

Y mi alma es una fuente
llena del sortilegio de la luna.

JOSÉ DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

A MI MADRE

¡Madre, qué gran visión hay en tus ojos!
¿Qué ignota playa del Misterio has visto?
¡Acaso viste desde los abrojos
de tu vida la mística pradera
del ensueño inmortal de Jesucristo
cuando sembró la humana sementera!

Y lo llevaste dentro de tu pecho
como una joya nueva, sorprendida
en el camino árido y estrecho
que atraviesa el pantano de la vida.
¡Madre, qué gran visión hay en tus ojos!

¡Madre, qué bendición hay en tus manos!
Oh, qué gran bendición! Siempre en mi ruta,
cuando me acosan los demonios vanos
y malos, de mi espíritu en la gruta
siento tu bendición inmaculada
como un soplo de brisa perfumada

que llega de los ámbitos lejanos,
cuando la brega pasa...
¡Madre, qué bendición hay en tus manos!

Me acuerdo de tu mano grata y grave
como del ala blanca de esa ave
que cruza el pensamiento:
¡Amor!—¡De tu mirada suave
como del firmamento
por donde cruzó el ave,
el ave milagrosa de mi cuento!

Manuel de la Parra.

BALADA DE LA MUERTE

Cuando, ya muerta mi ilusión postrera,
en mi pecho le abrí su tumba helada,
una noche llegó a mi cabecera
la misteriosa y pálida enlutada.

Mi corazón se estremeció al sentirla,
pero aunque ella, inclinándose, muy quedo,
—«Soy la Muerte», me dijo, yo, al oírla,
ni tristeza sentí, ni sentí miedo.

—«Yo soy tu último amor. Juro adorarte
dijo al besarme con su beso frío;
tuya, tuya he de ser; no he de dejarte;
quiero que seas para siempre mío.»

Yo la quise estrechar contra mi pecho,
para gozar de sus caricias todas;
pero ella dijo, huyendo de mi lecho:
—«Esperemos que pasen nuestras bodas».

Y las noches así fueron pasando
y la fiebre avivando mi quimera,
yo siempre preguntándola: —«¿Hasta cuándo?»
ella diciendo siempre: —«Espera... espera.»

Pero por fin cedió la calentura
y una noche (mi alma acongojada,
no ha sentido jamás tanta amargura)
ya no volvió la pálida enlutada.

Y al mirar que la muerte no ha tornado
al lecho en que la espero hora tras hora,
pienso que, cual las otras, me ha dejado,
porque es también mujer y engañadora.

Manuel Puga y Acal.

CANCION BAJO LA LUNA

Ellas van coronándose de flores y de espigas;
nosotros, dialogando de amor y de fortuna;
y sobre los cabellos claros de las amigas
¡oh, Alemania romántica de ayer!, brilla la luna.

¡Qué noche cristalina y qué deleite raro!
En hilos de la luna la plática se enhebra,
y es nuestra paz más blanca que un pensamiento claro
arrullado a la margen del lago de Ginebra.

Y suben grandes olas de sueño y de ventura
a la música sola de aquella soledad;
y el agua de la luz lunar se vierte, pura,
se derrama en el cielo, tiembla en la inmensidad.

¿Habláis de amor, amigas discretas, de fortuna.
de clara paz tranquila como la luz lunar,
oh, románticas bajo la lumbre de la luna,
oh, coronadas sobre el oro del espigar?

Hablan de los poetas rubios de la Inglaterra
y las oímos como se oye un manantial;
parece aquella un hada, va sin hollar la tierra,
canta un verso de Milton sagrado y musical.

Otras al lejos danzan unidas de los brazos,
al ritmo de los versos, de la hojarasca al són,
otra sueña en Ofelia: guirnaldas teje, y lazos
de rosas, y, hecha pájaro, se disuelve en canción.

¡Oh, pero la que lleva una estrella en la frente,
sueños de luz, aromas de paz, oh luna, oh luz!
¡Oh, la que lleva una estrella resplandeciente,
y tembloroso el pecho y los brazos en cruz!

¡Oh no, —proclama— amigas; oh, no más, por mi vida!
Ni Ofelia, ni Cordelia, ni Lancelot, ni Childe
Harold... ¡oh noche, oh luna! Yo sigo suspendida,
sí, suspendida al blanco cuello de mi Oscar Wilde.

Alfonso Reyes.

ASÍ FUÉ...

Lo sentí: no fué una
separación sino un desgarramiento:
quedó atónita el alma, y sin ninguna
luz, se durmió en la sombra el pensamiento.

Así fué; como un gran golpe de viento
en la serenidad del aire. Ufano,
en la noche tremenda,
llevaba yo en la mano
una antorcha con que alumbrar la senda,
y que de pronto se apagó: la obscura
asechanza del mal y del destino,
extinguió así la llama y mi locura.

Vi un árbol a la orilla del camino
y me senté a llorar mi desventura.

Así fué, caminante
que me contemplas con mirada absorta
y curioso semblante.

Yo estoy cansado, sigue tú adelante;
mi pena es muy vulgar y no te importa.
Amé, sufrí, gocé, sentí el divino
soplo de la ilusión y la locura;
tuve una antorcha, la apagó el destino,
y me senté a llorar mi desventura
a la sombra de un árbol del camino.

LUIS G. URBINA.

SIN ESPERANZA

Encadenado a la aflicción me veo,
me son la dicha y la ilusión extrañas;
el dolor, como el buitre a Prometeo,
me roe eternamente las entrañas.

Yo cruzo lentamente por la vida,
sufriendo mi horroroso desencanto;
tengo el alma de lágrimas henchida
y no me queda ni el placer del llanto.

Yo sé hasta dónde la desdicha alcanza;
he caído del cielo en un instante;
yo sé cómo se pierde la esperanza;
yo vengo del infierno como el Dante.

ANTONIO ZARAGOZA.